

Leyendas de Veracruz

La calle de la condesa

Por Pilar Caro Sánchez

Doña Beatriz del Real, condesa de Malibrán y de Vergara, desembarcó en el puerto de Veracruz como una reina, la fama que la antecedía hizo que la multitud se arremolinara para verla a ella y a su séquito. Cuando apareció todos estaban extasiados: parecía una reina en verdad, tenía una corona. Hermosa, joven y enjoyada, con todo un ejército de sirvientes ¡cómo no iba a llamar la atención!

Su marido acababa de morir misteriosamente en su hacienda de Malibrán en las afueras de Veracruz, pero ella hizo una gran fiesta para conocer a sus nuevos vecinos que disfrutaron del derroche de recursos económicos de la acaudalada condesa. Le atraían los mozos guapos, nobles o plebeyos y con sus dotes de sensualidad lograba llevarlos a su habitación... y su fama crecía.

Tenía otra residencia en la esquina de Esteban Morales (la cual a partir de 1700 se llamó Calle de la Condesa) y Landero y Coss. En esa residencia también hacía grandes saraos y al final ya había elegido a su presa.

Después de una noche de amor, la condesita aburrida necesitaba más acción, así que le daba muerte a su compañero y con ayuda de un fervoroso sirviente lo subía a una volanta, carruaje de aquellos tiempos, que tenía ya preparada en un sótano que daba al túnel que conducía a su finca de Malibrán, en donde arrojaba a los amantes en una poza que había mandado hacer en el mar (cerca de

la orilla) sacando toneladas de arena.

Pasaron los años y los guapos mozos seguían desapareciendo sin dejar rastro y con una real preocupación de la población, pero ni así dejaban de asistir a las recepciones que ofrecía la hermosa condesa. Una noche de fiesta, le llamó poderosamente la atención un joven mozuelo de gran porte que no había visto antes y lo eligió, en la madrugada cuando dormía plácidamente el muchacho, ella hizo lo de costumbre. Después, al revisar sus ropas, vio algo que conocía y que la estremeció, era un medallón que 18 años antes había puesto en el cuello de un hijo que no quiso mantener a su lado para seguir con su vida desenfadada.

Cuando estaba el cuerpo en la volanta, le dio nuevas instrucciones a su fiel sirviente, estaba pálida y desencajada, como enloquecida. Al llegar cerca de La Poza de la Muerte, el sirviente lanzó al agua dos cuerpos en lugar de uno y nunca más se supo de la condesa, sus bienes fueron a parar a manos del Ayuntamiento. Pero su alma sigue vagando hasta nuestros días, hay quienes la han visto y hay quienes siguen buscando el túnel y la poza de la muerte.

(Hay diversas versiones de Doña Beatriz Real, pobre y honrada dama viuda que vivió en Veracruz en la segunda mitad del S. XVIII, según antigua documentación del Ayuntamiento a donde en diversas ocasiones acudió en busca de ayuda).



Ilustración: Amairani Domínguez Cruz